

La Cobardía *

En pleno cielo, el 11 de octubre. — Siempre me interesaron más las ideas que las cosas, más mi persona que la de los otros. No es la primera vez que vuelo de París a Buenos Aires: los detalles del viaje no me sorprenden. Quince minutos bastaron para que retirara la atención que había concedido al paisaje, veinte para que volviera hacia mi vecina la que luego presté a diversos pasajeros, menos de una hora para que comenzara a ocuparme exclusivamente de mí.

Ya hemos pasado Madrid. He pedido papel y lápiz sin saber muy bien para qué: quisiera sin embargo que no fuera sólo para dibujar pausadamente estos garabatos, estas firmas, alrededor de las notas de un diario que nunca he llevado.

Una voz dice la hora: falta media para llegar a Dakar. La víspera, a esta misma hora, estaba con R. en la estación Saint-Lazare. — El lenguaje es tan pobre, le decía, que sólo tiene unos pocos sonidos para designar la multiplicidad de sentimientos positivos que unen a las personas consigo mismas, con las otras, con la tierra, con Dios, cuando en él creen. Y con ello justificaba que me resistiera a llamar amor —qué palabra tan novelasca— a esa amistad viva, a ese temblor epidérmico, a ese deseo recurrente que ella me inspiraba. No quería ni desilusionarla, ni decididamente mentirle. Respondía entonces, según mi costumbre, con una observación trivial sobre la estructura del idioma. Quizá también con una mueca, con una entonación, que cualquier policía del mundo hubiera juzgado ambiguas, pero que ella interpretaría en el sentido de sus esperanzas.

* El amor, el odio, la indiferencia, los sentimientos, son modos de acceso al conocimiento de sí. Pero de la misma manera que el conocimiento científico y filosófico, las emociones y los sentimientos están mediatizados por los instrumentos ideológicos y técnicos propios de una etapa histórica determinada. Una enorme extensión en el espacio recorrida en un tiempo enormemente breve, no son dos meros acontecimientos exteriores y es posible leer su *significación* al nivel de las estructuras afectivas de aquellos que *pueden* viajar... Tal nos ha parecido ser el interés y la intención expresa de este lacónico relato curiosamente circular (Revista Centro).

Nos dan el habitual paquetito que dice "recuerdo de su viaje". Precisamente de recordar, hablábamos luego ayer. Habíamos llegado muy temprano a la estación. Faltaba media hora para la salida del tren liberador que conduciría a R. al Havre. No la vería más. Reconfortado por esa idea, le aseguraba que siempre la recordaría. Pero en seguida agregaba que tenía muy buena memoria, con lo cual lo que parecía una promesa singular se convertía en una comprobación general sobre una de mis facultades. Estábamos subiendo al tren para dejar el equipaje y reservar asiento. Yo llevaba, como siempre, la valija pesada; ella una de esas canastas del tamaño de una cartera —decía que eran "elegantes porque no estaban de moda". (En Dakar —ya pasamos Dakar, ya prosigo estas anotaciones en la alta noche— las había de colores muy variados.) La costumbre de los celos me hizo ignorar los compartimentos más cómodos cuando en ellos había hombres jóvenes. Nos detuvimos en uno agitado por una familia cuyos hijos y sandwiches ya comenzaban a ensuciar el piso. Después bajamos.

Un señor manifiesta el propósito de "estirar las piernas" y comienza a recorrer el avión con gran perseverancia. Por el andén, por la sala de pasos perdidos, habíamos caminado nosotros en Saint-Lazare. Le compré revistas para el viaje, prometí escribir pronto, le regalé un disco de la Piaf. Quiso dejármelo; pero siempre había sido ella quien me hiciera regalos, y esta vez quería yo, con uno final, "quedar como un conde", como hubiera dicho mi amigo K. Insistió. Tomé el disco en mis manos, lo partí en dos mitades y extendiéndole una le propuse que conserváramos un pedazo cada uno. Ella pareció demasiado triste, demasiado "gato mojado" para admirar mi decisión, mi gesto enérgico. Vengándome de todos los presentes "prácticos" recibidos, le expliqué (¿con insidia?) que los regalos, como el arte, deben ser inútiles para ser bellos.

Tengo sueño. Voy a dormir sobre este Atlántico que hace algunos siglos tres barcos cruzaron desesperadamente para descubrirme una patria. Me siento un poco América el 11 de octubre de ese año 1492, América existente de un modo muy peculiar, no del todo, no descubierta aún. ¿Quién me descubrirá mañana?, ¿de qué soy vispera?

Doce de octubre, en el aeropuerto de San Pablo. — Antes de sentarme en el bar estuve esquivando viajeros y changadores que parecían arrastrados por el equipaje que llevaban, por los gritos que proferían. Supongo que no faltarían anteayer en Saint-Lazare. No los habré notado. Sólo percibía un vago rumor, más interior que externo. Estaba como en una isla, con una sola persona por toda compañía. No tardaría en abandonarla. Felizmente, porque esa no podía ser la mítica isla de los bienaventurados, la isla perfecta que algún día, no, que nunca constituiría con otra persona.

Alguien me ofrece un cuento; que rechazo, que me recuerda el que contó R. quince minutos antes de partir. Era, como todos los suyos, ridículamente sentimental y más bien incomprensible. Terminaba (creo)

con una vieja mujer pronunciando un nombre dilecto en su lecho de muerte. Luego R. había callado, como para sugerirme que su narración encerraba una férvida promesa. Seguimos caminando, silenciosos. Ella ya había dicho lo indecible, o casi; yo temía hablar, temía que mis eventuales palabras desencadenaran uno de esos llantos femeninos tan aborrecibles. ¿Por qué haber llegado hasta ese andén, hasta esas despedidas tan largas, tan irritantes?

Las dos y media, sobrevolando una playa del Uruguay. — Justamente en una playa conocí a R., hace algunas semanas. Lejos de mis amigos, cansado de muchas cosas, le había hecho la corte; por probar mis habilidades (no muy diversas, supongo), y porque era junto al mar, un verano. Y quizá sobre todo porque una cierta situación (que por pudor no nombrábamos directamente, pero que un acuerdo tácito nos hacía llamar “el Impedimento”) me recordaba un pasaje literario que estimo particularmente. Debía ser mía, pensé: por literatura, por “estadística” también, como diría K. Y ello antes de una semana, para no arriesgar el ridículo de sentirme enamorado. Quizá luego hasta pudiera, supliendo con un episodio vivido mi deplorable falta de imaginación, escribir un cuento y cumplir así con esa vieja nostalgia artística que aún me habita y que en las vacaciones vuelve a inquietarme.

El capitán anuncia que el vuelo prosigue según las previsiones normales. Con R. también, al principio, todo había marchado según mis previsiones, matemáticamente. —La vida es tan avara de encuentros como el nuestro, le aseguraba, que desaprovechar esta ocasión sería una negligencia imperdonable. Luego viajamos, de ciudad en playa, de playa en ciudad. Mi única preocupación había sido determinar el orden, la dosificación de los placeres, procurando impedir que degeneraran en felicidad —ha de ser tan monótona la felicidad. Nos divertimos bastante, reconozco; ni siquiera faltaron algunos contratiempos, que ella, demasiado dichosa, tornaba risibles.

Abajo los campos desiertos, indeciblemente reales, parecen desmentir el descubrimiento de Colón. Ayer a la mañana —curioso— París también estaba despoblada.

Cruzamos nuestro gran río de barro; Montevideo ya quedó atrás. En su aeropuerto, un faro me recordó al empleado del ferrocarril que en Saint-Lazare pasó con una linterna advirtiéndome que el tren partiría dentro de diez minutos. Me había hecho pensar en Diógenes, en el error que cometiera de joven al estudiar filosofía, en los errores de la filosofía, en los de la vida, tanto más irreparables. Poco tiempo, diez minutos. Ah, sí, hasta una tesis comencé cuando me ocupaba de esos señores filósofos, una tesis que demostraría la correlación entre el mal y el tiempo. Casi siento nostalgia al evocar esos libros polvorientos, esos temas inextricables. ¿Hebré progresado desde que los deseché? Pregunta retórica. Sólo progresa el tiempo finalmente; el tiempo y mi frente, cada vez más descubierta —tanto

que de mañana, frente a la crueldad de los espejos, ya pronto diré, parodiando el título de una novela demasiado conocida, *Bonjour calvitie*.

"Faltan cinco minutos para las cuatro", dice el señor que gusta de "estirar las piernas". Cuando en Saint-Lazare un timbre previno que faltaban cinco minutos para la salida del tren me sentí aliviado. Los romances estivales tienen la ventaja de terminar con las vacaciones. Con todo, no carecen de inconvenientes; sin ocupaciones, sin pretextos fáciles, se acaba por pasar casi todo el tiempo acompañado, como en una luna de miel. Y cuando la vanidad y el deseo ya están satisfechos, es tan molesto encontrarse continuamente arrastrando una sombra solícita y solicitante. Por cierto, al comienzo aprecié la aventura. Pero luego, para ella dejó de ser una mera aventura; para mí ya fue un esfuerzo. Para colmo, terminó pidiéndome "que la guardara", eventualidad que, naturalmente, deseché, invocando el Impedimento, al cual ella, más inconsciente, hubiera querido desafiar.

Tiene "algo" esta joven que me hace apagar el cigarrillo, ajustar el cinturón de seguridad. Pero supongo que todas las mujeres son, a la larga, bastante insoportables.

Acompañé a R. a su asiento y bajé para despedirla a través de la ventanilla. El gusto de sus mejillas, el color de sus ojos me advirtieron que había comenzado a lagrimear, como la noche anterior. No me irritó demasiado: primero, porque me produciría una secreta complacencia; segundo, porque por fin se iba. Le pedí entonces, tratando de parecer tierno, que no encaminara los pensamientos del viaje hacia una "modificación" de sus sentimientos similar a la que narra Butor en esa novela que habíamos leído juntos. Y luego la instaba, muy convencido, a que fuera feliz. ¿Sería por descargarme, con la formulación de ese pedido absurdo, de algún eventual sentimiento de culpa? Quizá no del todo: en el fondo le tenía aprecio, amistad.

Un silbato, un llanto, el ruido de las ruedas en movimiento. Me fui, caminando hacia el hotel, lentamente.

Ante la inminencia de la llegada, mi vecina introduce sus pies en el hueco de los zapatos que yacían feamente muertos a sus pies. Un zapato blanco de R., encontré en el hotel. ¿Lo habría dejado como recuerdo? No, debe haberlo olvidado. Un zapato, no es muy romántico. Todavía si fuera "la inútil mitad de un par de guantes". Pronto lo pedirá, habrá que hacer una paquete, ir al correo, etc.

El señor de las caminatas interrumpe sus ejercicios a pedido de la camarera. Ya dará sus pasos al arribo. Pienso en la sala de pasos perdidos de la estación. ¿Por qué perdidos? ¿Quién los pierde, quién los gana?

La joven anuncia que pronto aterrizaremos en Ezeiza y dibuja una sonrisa. Trato de recordar la que entristecía el rostro de R. cuando preguntaba si "había valido la pena". Pero sus rasgos se me aparecen borrosos, movedizos, difíciles de fijar.

Casi apesadumbrado, apunto que no habría que hacer sufrir a la gente.

Comienzo a sentir verdadero dolor físico. ¿Por qué haber pasado el viaje haciendo desfilar imágenes pretéritas? ¿Qué descubrimiento haría así? ¿Cuál hubiera hecho así Colón? Colón el Navegante, que iba a las Indias y que llegó a América, ignorándolo porque los instrumentos de su época consintieron el error.

Pero ¿qué es este dolor penetrante, qué significan estas persistentes ideas de descubrimiento? ¿Adónde me llevan, qué me impiden conocer los instrumentos de mi época, el avión vertiginoso, las palabras, las convenciones?

Más dolor. Creo comprender: la persona que hace algunas horas puse fríamente en un tren fue para ésta, que ayer instalé con cuidado en un avión, el más grande, el más irrecuperable... ¿usaré aquella palabra tan novelesca?... Ahora parece menos palabra, más realidad...

¿Será éste el descubrimiento presentido, el que convierte las horas, los aeropuertos, el papel, la falaciosa lasitud de este viaje en cartógrafos del mapa fundamental de mi existencia? ¿O habrá una capital que con mayor audacia, con mayor lucidez, se podría aún alcanzar?

Reviso estas notas; son casi un cuento, casi aquel que buscaba. ¿Lo titularé "Su gran..."? ¿No vendrá algún Vespucio a dar un nombre más claro a estos tristes continentes?

Aterrizamos. Mi vecina saluda, asegurando que fue un viaje tranquilo, que en ningún momento sintió miedo. Como representando un destino implacable, el mismo que equivocando a Colón concedió a Vespucio que se llamara América nuestra patria natal, esa última palabra —miedo— oída en el último instante del viaje que me preparó para recibirla, me descubre que si éste es el cuento que ilumina las horas cardinales de mi itinerario, entonces deberá llamarse, muy concretamente, muy autoacusadoramente, "el cobarde".

Hay que bajar.